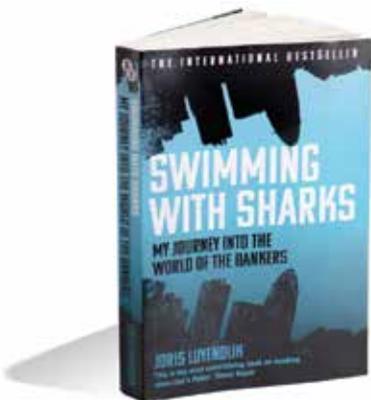


Las fauces de las finanzas



Joris Luyendijk

Swimming with Sharks

My Journey into the World of the Bankers

Guardian Faber, Londres, 2015, 288 págs., £12,99 (papel).

La realidad es compleja y a la mente puede costarle entenderla. Los eventos suelen requerir explicaciones, fuentes causales. En cierto modo, es fácil entender las catástrofes naturales: simplemente ocurren. No hay participación humana. A menudo es más difícil entender o aceptar eventos sociales y económicos. No pasan porque sí. La mente anhela un paradigma de causa y efecto, lo que puede dar origen a teorías conspirativas: la llegada a la luna fue un engaño; el calentamiento del planeta es un invento de la izquierda liberal; la avaricia y colusión de banqueros inescrupulosos causaron la crisis financiera de 2008–09.

Entonces, ¿cómo va un periodista investigativo más allá de respuestas facilistas? Les pregunta a las personas involucradas. Es humilde, empieza con preguntas básicas y llega a la mayor cantidad de actores. Eso hizo Luyendijk cuando *The Guardian* lo invitó en 2011 a escribir un blog para “entender el sector financiero”. Tras publicar muchos artículos y entrevistar a más de 200 empleados de grandes bancos de inversión y comerciales, fondos de cobertura y entes de supervisión financiera, entre otros, nació *Swimming with Sharks*. La meta del autor: descubrir qué salió mal en 2008 y si el mismo tipo de crisis podría repetirse. Su trabajo investigativo tomó elementos de la

antropología, e incluso creó una taxonomía analítica que empleó para dividir a sus entrevistados en tres grupos: operadores de alto perfil en contacto con los clientes; personal de funciones auxiliares, y personal a cargo del cumplimiento y la gestión del riesgo. Estudió cómo piensan los miembros del sector financiero leyendo autobiografías e informes. Luego, hizo trabajo de campo, tratando de no “convertirse en ellos” (es decir, no dejando que sus afinidades, sesgos y emociones afecten su análisis). Ardua tarea.

La respuesta de Luyendijk: la crisis financiera de 2008–09 no fue causada por defectos personales (como la avaricia), generalizados en la sociedad humana. La crisis fue el resultado de incentivos perversos en una cultura competitiva dominada por hombres que castiga rápidamente los fracasos (¡percibidos!). La poca seguridad laboral ha erosionado el apego de las personas a las instituciones para las que trabajan, lo que puede haber inducido a una excesiva asunción de riesgos. Cambios en el gobierno de grandes instituciones financieras del modelo del inversionista-propietario (usual hasta los años ochenta) al modelo de capital abierto han limitado la capacidad de los accionistas de supervisar la asunción de riesgos e incentivado a correr riesgos extremos. Empresas financieras muy grandes y complejas crearon instituciones “demasiado grandes para quebrar” que no interiorizan los riesgos sociales de sus acciones.

El libro está repleto de buenas anécdotas (incluidas algunas que desacreditan el mito de que los cortafuegos pueden evitar conflictos de intereses dentro de instituciones del sector financiero). No se respetaron los cortafuegos entre los banqueros de inversión que inventaban nuevos productos financieros, quienes los comercializan y los analistas bancarios que asesoraban a los clientes sobre la calidad de esos activos. Las agencias calificadoras fueron blandas respecto del riesgo asociado con derivados financieros complicados, probablemente porque quienes les pagaban eran los propietarios de los activos subyacentes que calificaban.

Como señala Luyendijk, los cortafuegos en la mayoría de las empresas del sector financiero son tan confiables como la independencia de “*The Guardian* si lo comprara un partido político de Inglaterra”. Para cerrar el círculo de incentivos perversos en el complejo financiero, supervisores y personal del área de control de los bancos se convirtieron en una mera decoración a medida que los productos financieros se complicaron más y la cultura del sector de “comer, beber, divertirse y no mostrar debilidad” inhibía a una masa crítica de denunciantes.

La meta del autor: descubrir qué salió mal en 2008.

Luyendijk argumenta bien contra la idea de que la crisis financiera de 2008–09 surgió de un complot orquestado por banqueros gordos cigarro en mano. (Sin embargo, no perdona a un subgrupo de calculadores elementos del sector financiero a los que llama “peces fríos” en un arco narrativo que da un sobrenombre a cada uno de los actores). Tras una exhaustiva travesía antropológica por la City de Londres, el pronóstico es sombrío: nada ha cambiado. La cultura competitiva (de poco respeto por la gestión del riesgo, inclusive mediante la desmoralización de los empleados del área de control y el culto a los exitosos súper operadores (los “amos del universo”)), instituciones demasiado grandes para quebrar y todo lo que sentó las bases de la crisis financiera siguen aquí. El autor termina el libro con una “cabina sin piloto” para ilustrar que conocemos los riesgos de otra crisis. *Swimming* da la impresión de que los cambios regulatorios y de supervisión actuales son como cascos de ciclistas para pasajeros en un avión que acelera. La estampida para hacerse de los pocos para caídas disponibles será intensa cuando ocurra la próxima caída.

Marcello Estevão

Subjefe de División, Departamento del Hemisferio Occidental del FMI